

Las complacencias de DIOS

El Dios de la Biblia es un enamorado. Alguien que sale tras los riscos en busca de su enamorada. Lo cubre la nieve, lo atormenta el cansancio y sigue en su búsqueda. Tal amor lo lleva a hacernos a su imagen y semejanza y cuando su proyecto se desfigura emprende de nuevo el camino del re/encuentro. Sus amores se definen desde el corazón y en el corazón. Todo en Él es cordialidad, cercanía, fuego abrasador. “Así sus caminos no sean nuestros caminos”.

En cada ser humano podemos encontrar un rasgo del amor de Dios. La misma naturaleza encierra destellos de su luz, de su energía contagiada, la vibración subliminal de su pasión por la humanidad y la creación entera. Pero hay algo, un alguien especial, que detiene su atención, la fijeza aguda de su mirada: “En este me complazco en el abatido y el humilde que se estremecen con mi Palabra”. Este estremecimiento de pequeñez es lo que lo abruma.

Hay un Alguien que centra todas sus complacencias: Su Hijo, el Amado, el Predilecto. Es su Palabra amorosa, es el eco fiel de sus susurros de enamorado complaciente, de amigo fiel. Esa Palabra resuena en prodigios de novedad en la creación. Por Él lo hizo todo. Y en Él sigue recreando en sueños y visiones, nuestra esperanza, nuestras ganas de vivir, de forjar el horizonte de nueva humanidad. También se complace cuando se escucha esta Palabra dentro del corazón.

Y allá en los más pequeños, en aquellos que buscan una gota de agua para saciar su sed, o en aquellos, que sin tener dinero, van al mercado a recoger las sobras de una mesa que desafía en abundancia exclusiva, el hambre y el dolor de las inmensas mayorías. Allí también se complace y se confunde hasta la identidad más honda con las víctimas de todos los sistemas excluyentes. Las complacencias de Dios desafían nuestra mezquindad. Nos quiere a la medida de su corazón.

Cochabamba 11.01.15

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com